

(DE LA PRIMERA PAGINA)

serio que las revistas que puedo llevar a mi chico!

—Como usted quiera, señor juez. Puedo haberme equivocado, pero no lo creo. Ahora si su señoría desdén mi colaboración...

II

Al día siguiente los diarios daban cuenta detallada de la visita ocular y un informador contaba con mucha gracia los asombros del juez de turno y la destacada actuación de Román Calvo, que de la noche a la mañana pasó a ser el héroe, la figura del día en medio de la modorra santiaguina. De todas partes le llovían felicitaciones. Visitas, cartas y llamadas telefónicas eran recibidas por el detective con muchísima atención, pues esperaba algo. ¿Qué? No lo sabía concretamente. Era un llamado vago, ignoraba de quién, pero que vendría, sin duda alguna.

Al atardecer, tendido sobre su cama, Román Calvo leía. ¿Algún tratado policiaco, o las Aventuras de Sherlock Holmes?, preguntarán ustedes. No. Leía una obra clásica: "El avaro", de Molière. Y de pronto — rílin, rílin, rílin... — el teléfono. Se levantó de un salto. Era el juez.

—Sí, sí... Y diga, señor Calvo, ¿no sabe nada de nuevo...? ¿No...? Hombre, pues hay que descubrirlos. La opinión pública los reclama... Sí, sí... Y será usted el héroe de la jornada... ¿Y de la morena misteriosa, la tal Marta...? ¿Qué dice usted? ¿Que no es morena, que es blanca...? Vaya, Calvo, usted me quiere tomar el pelo... Bueno, tan pronto sepa algo se lo avisaré... Y a la recíproca ¡eh...? Sí, sí, adiós...

Pero la llamada misteriosa, tan secretamente esperada, sólo se produjo dos días después, cuando Santiago ardía ya en deseos de conocer el desenlace de la aventura. Los diarios se quejaban de la lentitud policial y "La Razón" el órgano de la oposición al Gobierno llegó a sugerir la idea de que se designara jefe de la Sección a Román Calvo, como única forma de darle a ese organismo una vida más dinámica y eficiente.

El visitante de Román era un hombre del pueblo, serio, un poco triste.

—¿Es usted el señor Román Calvo?

—Sí, diga usted.

—Bueno, yo vengo a traerle un dato muy importante, ¿sabe? He leído en "Las Últimas" su actuación. Habría podido ir a la Sección, pero no quiero ver nada con

MARTA LA MENSAJERA

esos, le diré. Una cuenta antigua... En tiempos de la Dictadura estuve detenido y... me hicieron hábiles interrogatorios...

—Pero ¿de qué se trata?, interrumpió Calvo, impaciente.

—De los ladrones, señor Calvo...

A unos 10 metros de mi casa viven dos hombres solos, en una casita de alfo; dos hombres misteriosos, señor. Uno de ellos es alto y canoso, tal como usted se lo dijo al juez. Bueno, yo no le había dado importancia a eso, hasta esta mañana. Salieron de la casa con un paquete envuelto en diarios. De repente se rompe el papel y... ¿qué cree usted que oye al juez, señor Calvo? Pues un lote de unos cinco o seis relojes. Yo estaba sentado en mi puerta, fumando tranquilamente, y hice como que no los había visto. Ellos se precipitaron a recoger los relojes y entraron de nuevo a la casa, para volver a salir con el paquete más compuesto. ¿Qué le parece, señor Calvo?

—¡Bien!, hombre. ¿Y nada más?

—Es que tengo una gran duda, señor Calvo. Usted ha dicho que esos sujetos se comunican con su jefe por intermedio de una mujer morena, llamada Marta... Pues bien, a esa casa no ha entrado nunca ninguna mujer...

—Yo, recalco Román Calvo, no he hablado jamás de una mujer morena. Ha sido el juez quien lo dijo... Al contrario, añadió el detective sonriendo, — yo creo que es blanca... Bueno, terminó, tome usted estos 20 pesos, y ni una palabra a nadie. La casa de los sujetos es en Bellavista...

—Número 01236...

—Bien, gracias.

No bien había salido el espontáneo informador, cuando Calvo se dio el placer de telefonar al juez.

—¿Usia? Pues ya los tengo.

Quiero que se organice la partida para esta tarde a las 8... Sí, basta con cuatro o cinco hombres... ¿Qué irá usted?... Pues, espléndido señor juez, espléndido... Hasta la tarde...

La captura se efectuó con una facilidad extrema. Los tres agentes que penetraron de avanzada, no tuvieron necesidad de hacer ni siquiera un disparo para colocar las esposas a los sujetos. Uno de ellos era un hombrecillo tímido, miso-

so, que se echó a llorar cuando lo aprehendieron. Su compañero, por el contrario, se manifestó orgulloso, altanero. Era alto, canoso y vestía de azul, ni más ni menos que como había dicho Román. El juez quiso comprobar hasta dónde eran ciertas las deducciones del detective y le examinó el dedo índice de la mano derecha; a través de un trozo de tafetán, la cordadura aparecía roja todavía.

—Uno de ustedes, dijo el juez, con severidad, va a sacar cuando menos presidio perpetuo: el que asesinó al carabnero González. ¿Cuál de ustedes fué?

El hombrecillo tímido y llorón iba a hablar cuando lo detuvo un ademán de su compañero.

—¡Si dices una palabra, cuéntate como hombre muerto! dijo éste con dureza. ¡Ya estás advertido!

—¿Qué es esa insolencia?, saltó el juez. ¿Amenazar delante de la justicia? Ya verás, canalla... Tú, agregó dirigiéndose al otro, puedes hablar sin ningún temor. ¿Quién es el hombre con quien se comunican por medio de una mujer llamada Marta?

—No, no, dijo bajito el hombrecillo. Me matará... Marta va a venir...

—Señor juez, interesó Román Calvo, que había estado examinando la habitación en que se encontraban. Estos hombres están de más. No hablarán, al menos por ahora. Ordene que los trasladen a la Sección y quédese usted conmigo y dos agentes. Va a ver algo interesante.

—Pero, ¿y Marta?, gritó el juez. ¿La vamos a dejar escapar?

—No, dijo Calvo tranquilamente. Marta va a venir. ¿No lo oyó usted?

Una vez más triunfó la voluntad del Sherlock Holmes chileno. Salieron tres agentes con los presos, y quedaron el juez, Calvo, y los dos policías restantes.

—Uno de ustedes váyase a la calle, ordenó el juez con tono de estrategia. Va a entrar en la casa una mujer morena. Inmediatamente se coloca usted de punto en la puerta y no la deja salir, salvo que vea detenida. ¿Entendido?

—Es inútil, señor juez, dijo Calvo muy serio. Marta no es morena sino blanca y además, no entrará

por la puerta, sino por la ventana.

Y sin hacer caso del asombro del magistrado, abrió de par en par la ventana de la habitación y se sentó en una silla. Iba atardeciendo. Al frente se veía la masa gris del centro San Cristóbal invadida poco a poco por la sombra. A medida que los minutos pasaban, el juez se iba poniendo más y más nervioso. En realidad, él había sido siempre un magistrado de aquellos que se mueven pocas veces de entre los muros del juzgado. Ahora... ahora estaba metido en el corazón mismo de una aventura.

Y de pronto, tan, tan, tan, se oyó un ruido bajito, como un aleteo y una paloma blanca penetró por la ventana y fué a posarse encima de la mesa. Calvo saltó y cerró los postigos, no fuera a escaparse. Luego cogió muy suavemente la paloma, y mientras le desataba un papecito que llevaba amarrado a una de sus patas, dijo:

—¿Ve usted, señor juez, como Marta no era morena, sino blanca? Ya se lo había dicho yo...

El juez de turno estaba aturrido. Aquel desenlace era teatral, sin duda, pero a él le quitaba todas las ilusiones.

—¡Diablos! Y yo que dije: "Cherchez la femme". ¡Menudo ridículo que voy a hacer! Esos demonios de periodistas...

—Claro, señor juez, y eso porque usted no examinó el papel que encontré en la joyería. Si lo hubiera mirado detenidamente, habría hallado, pegadas a él, algunas diminutas plumillas. Y además, señor juez, cómo no lo notó usted en el olor... ¡Uí! Era el olor característico, inconfundible de las aves...

—Pero usted debió decirme lo que no habría yo hablado de la morena. ¿Qué planchó!

—Imposible, señor juez. Si yo se lo digo, lo saben los periodistas, lo publican en los diarios y los ladrones dejan entonces de comunicarse con su jefe por medio de esta paloma. En ese caso no habríamos sabido lo que dice este mensajero...

Y quitándole el papel que había escondido a la paloma, leyó:

"Conteste si se ha deshecho ya de todo. Es indispensable".

—Lo indispensable, señor juez, es capturar hoy mismo al jefe de la

banda. Ya mañana sabrá por los diarios la detención de sus compañeros y volará. ¿Y cómo lo haremos?

—Muy sencillo, dijo Calvo. Se suelta la paloma mensajera...

—¡Claro! Y la seguimos.

Román se echó a reír.

—¿Cómo va a seguir usted a una paloma, Usia? Si la Sección tuviera una brigada aérea...

—Pues a pie, en automóvil, en bicicleta...

—Desgraciadamente los automóviles y las bicicletas no pueden correr por el aire o por encima de las casas...

—Podría amarrársela de un hilo y seguirla, llevando nosotros el otro extremo, insinuó un agente.

Para todo tenía, Calvo una réplica:

—Entonces la paloma iría a donde ustedes fueran y no ustedes a donde fuera la paloma, dijo.

—Pero si es así, sugiera usted algo, dijo el juez desesperado.

—Es lo que iba a hacer cuando usted me interrumpió. Soltamos la paloma mensajera con un papecito, en que se haga un llamado urgente al misterioso personaje. Se le espera aquí y se le echa la mano encima con perfecta tranquilidad.

Fué a la mesa, cogió un papel y dándole un tamaño aproximado al del que había traído la paloma, escribió: "Es absolutamente necesario que venga. Hay complicaciones". Pero luego reflexionó. Esto de "hay complicaciones", se dijo, puede espantar al hombre, que es muy prevenido. Cortó, pues, otro papel, y escribió simplemente: "Es absolutamente necesario que venga". Lo ató a la patita de la paloma con una cinta y abrió la ventana.

—Adiós inocente Marta, dijo. Has servido hasta hoy a los ladrones, pero te rehabilitarás ahora ayudando a la justicia...

La paloma salió volando y se perdió entre las sombras.

—Ahora, dijo Román Calvo al juez, podemos irnos. Con estos dos hombres basta para oír al tercer personaje. ¡Mucha cuidado! agregó, dirigiéndose a los agentes. Es el más peligroso de la banda. Debe ser un delincente fichado, de otro modo no guardaría tanto el incognito. Y luego hay que buscar al chofer. Es él quien metió al carabnero González...

—¿Vamos, señor juez? Tengo que comer esta noche con una dama... ¡Bah! Y se llama, precisamente Marta. Pero no es blanca, sino morena, señor juez.